

COMENTARIOS a “Guerra y movilización popular en tiempos revolucionarios. Una perspectiva desde la Batalla de Tucumán” de Fernando Gómez

PABLO ORTEMBERG
CONICET – UBA

El trabajo de Fernando Gómez, “Guerra y movilización popular en tiempos revolucionarios. Una perspectiva desde la Batalla de Tucumán”, se propone examinar las motivaciones de la participación de los sectores subalternos en ese enfrentamiento. El autor comienza por repasar el lugar que ocupó esta batalla en la historiografía y, en particular, el lugar que en ese tratamiento se le otorgó a los sectores subalternos. Concluye delineando las premisas del marco historiográfico sobre la historia política “desde abajo” y los avances que fueron quebrando la tradicional perspectiva nacional. No me detendré demasiado en esta parte del desarrollo, pues lo considero bien argumentado, articulando dos recorridos (que en rigor son dos temas distintos): la superación de la historiografía que miraba la guerra desde el *telos* de la nación, por un lado; y los nuevos enfoques de la disciplina destinados al estudio de la participación popular en la guerra, por otro. Apenas un detalle respecto a la primera línea argumental: F.-X. Guerra se sitúa en una perspectiva hispánica o ibérica, antes que “atlántica”; entre las críticas que se le han formulado está la de haber dejado de lado las influencias y conexiones con la independencia norteamericana.

La construcción del objeto está justificada, aunque sería recomendable que el autor incluyera una reflexión metodológica más explícita sobre el corpus documental y el tipo de fuentes que piensa utilizar para alcanzar la meta propuesta. Es decir, mencionar si tiene acceso a pasquines, peticiones, pleitos u otros documentos en donde las voces de los sectores subalternos y su agencia puedan aparecer más directamente o estar atravesadas por otro tipo de mediaciones que el de las memorias de Paz o Aráoz La Madrid.

A modo de sugerencia, considero que podría enriquecer el trabajo -y a la vez permitiría profundizar todavía más la mirada superadora sobre los enfoques tradicionales o de clave nacional- si incluyera en su análisis las motivaciones de los combatientes del bando contrario. Eran “tiempos revolucionarios” y también contrarrevolucionarios. Sugiero consultar por ejemplo los trabajos de Raquel Gil Montero, Gustavo Paz, Natalia Sobrevilla, Esther Ayllon, María Luisa Soux, José Luis Roca, Marie-Danielle Demélas (especialmente sobre el diario del tambor Vargas), entre otros. Aunque más no sea para comprender más cabalmente su objeto de atención: la participación revolucionaria. Gómez resalta que, además de la voluntad de autodefensa, fue importante la “tradicional organización miliciana” presente en la región. Plantea como motivaciones de la participación la “expectativa de obtener un botín” y la fe religiosa. Estas dimensiones también operaron en el bando contrario y la forma en que se expresaron en uno u otro puede añadir matices interesantes a la explicación del caso elegido.

Las hipótesis de la religión como recurso para organizar, cohesionar y disciplinar la milicia, y la fe religiosa como motivación afectiva tanto o hasta más potente que la causa de la “patria” o de la “libertad” en las campañas del Alto Perú fueron desarrolladas, como refiere Gómez en una cita al pie, en Ortemberg (2010 y 2011). No obstante, considero que en su sección “La renovación historiográfica y la guerra posrevolucionaria” debería incorporar estos antecedentes que resultan ejes importantes de su argumentación, junto con otras referencias sobre la temática en otros escenarios americanos, como el caso paradigmático de la Virgen de Guadalupe en el México revolucionario (Eric Van Young, William Taylor, *et. al.*) o los estudios de Demélas sobre la dimensión religiosa de la insurgencia en Quito entre 1809-1812. En definitiva, sería recomendable para su trabajo que entablara un diálogo historiográfico con los estudios centrados en el lugar de lo simbólico, la religión y el registro identitario en la acción guerrera.

A mi parecer, el rasgo más original del proyecto es su indagación en la articulación entre las motivaciones materiales e ideológicas de los combatientes. A la hora de ponderar uno u otro factor no debería perderse de vista el carácter en buena medida inextricable de esa articulación. Por ejemplo, esto se observa en la tensión entre el saqueo de templos -una práctica común en los dos bandos e igualmente censurada por

los jefes- vinculada a la obtención del botín, y el hecho de encomendarse a una advocación u otra de la Virgen.

Si bien su interés está puesto en las motivaciones de los combatientes subalternos, hay otro eje de articulación interesante de explorar: ¿cómo se relacionan las motivaciones de los subalternos con las motivaciones de los jefes y oficiales (recomiendo revisar el trabajo “Guerra y política en el Río de la Plata: el caso del Ejército Auxiliar del Perú (1810-1811)” de Virginia Macchi sobre las motivaciones de este último sector)? Por cierto, en los jefes las motivaciones se confunden con sus estrategias de reclutamiento y búsqueda de adhesión. Para seguir con el mismo ejemplo de la religión, en el caso de Belgrano no interesa tanto la autenticidad de sus convicciones religiosas (esa fue la preocupación de la historiografía confesional durante todo el siglo XX) como el uso consciente que hizo de la religión para organizar y disciplinar el ejército, conseguir apoyo local y neutralizar la propaganda del enemigo, tal como se argumenta en las investigaciones señaladas en párrafos anteriores. También sería conveniente un diálogo con los trabajos de Alejandro Rabinovich, con el fin de examinar en los sectores que Gómez se propone analizar el alcance de un “ethos guerrero” y de la búsqueda de “gloria” como motivación que plantea este autor (por ej. 2009).

Por último, los jefes y las elites locales tuvieron que actuar adaptándose a las motivaciones de las poblaciones locales así como también incidieron activamente en ellas, es decir, también “crearon”, modelaron o indujeron esas motivaciones (luchar por la Virgen de las Mercedes, por la Patria, etc). Del mismo modo que las motivaciones por las cuales algunos sectores subalternos están dispuestos a engrosar las filas de un ejército, no desertar (luego de la victoria o de la derrota), (no) saquear templos y dar la vida en el campo de batalla no son el resultado de la mera imposición propagandística de los jefes o de la manipulación de las elites, tampoco son únicamente el resultado de su espontáneo deseo, visión del mundo y necesidad. Las motivaciones son constructos que responden a procesos tensos de negociación en donde se juegan dimensiones políticas, culturales y económicas entre individuos, grupos e instituciones.